

Una sencilla tarjeta de Navidad



La tímida y reservada Catalina inició su noveno grado en un colegio grande situado en el corazón de la ciudad. Jamás se le ocurrió que la soledad la abrumaría. Sin embargo, muy pronto se encontró añorando a sus antiguos compañeros del año anterior. El nuevo colegio era frío e impersonal.

Para nadie parecía ser importante hacer que Catalina se sintiera bienvenida. Era una persona muy solícita, pero su timidez le impedía hacer amigos fácilmente. Desde luego que se relacionaba con esos compinches de ocasión que sin misericordia se aprovechaban de su bondad.

Recorría los pasillos del colegio como un ser invisible; nadie hablaba con ella, y por esto su voz jamás se escuchaba. Llegó a convencerse de que sus pensamientos no valían lo suficiente como para ser tenidos en cuenta. Se encerró en su silencio, como si fuese muda.

Sus padres sufrían por ella, pues pensaban que jamás llegaría a tener amigos, y como se habían divorciado sentían que a ella probablemente le hacía falta conversar con alguien. Hacían todo lo posible para que se adaptara y satisfacían todos sus caprichos en lo referente a vestuario y discos de su música predilecta, sin ningún resultado.

Por desgracia, tampoco sabían que catalina estaba pensando en quitarse la vida. Con frecuencia se dormía llorando, pensando que jamás encontraría una persona que la quisiese lo suficiente como para ser su amiga.

Laura, su nueva amiga por interés, la utilizaba para que le hiciera las tareas, pero la excluía de sus programas de diversión. Esta actitud hizo que Catalina se acercara todavía más al precipicio.

La situación empeoró durante el verano, Catalina, más sola que nunca, llegó a convencerse de que su actual situación era lo mejor que la vida podía ofrecerle y de que no valía la pena seguir viviendo así.

Al comenzar el décimo grado se vinculó a un grupo de jóvenes cristianos de la Iglesia vecina, con la esperanza de hacer amigos. Conoció personas que de dientes para afuera parecían darle la bienvenida, pero que realmente no la querían como miembro de su grupo.

Para la época de Pascua, la perturbación de Catalina llegó a tal punto que necesitó tomar pastillas para poder dormir. Parecía como si se estuviera desprendiendo de este mundo.

Por último, decidió que se tiraría al río desde el puente vecino, la víspera de Navidad, mientras sus padres estaban en una fiesta. Al salir del cálido ambiente de su hogar para emprender la larga caminata hasta el puente, decidió dejar una nota para sus padres en el buzón encontró varias cartas y decidió sacarlas para averiguar su procedencia. Había una de sus abuelos, unas cuantas de los vecinos y otra dirigida a ella. Era una tarjeta de uno de los muchachos del grupo juvenil de la Iglesia.
Querida Catalina:

*Quiero pedirte excusas por no haber hablado contigo antes. Mis padres están en la mitad del proceso de divorcio y no he tenido la oportunidad de hablar con nadie. Quisiera hacerte algunas preguntas sobre jóvenes como nosotros con padres divorciados. Creo que podríamos ser amigos y ayudarnos mutuamente. ¿Nos vemos en la reunión del domingo?
Con afecto, tu amigo,
Mauricio Cuesta*

Se quedó mirando fijamente la tarjeta, leyéndola una y otra vez. Creo que podríamos ser amigos. Sonrió al darse cuenta de que su vida le interesaba y que ese alguien quería ser el amigo de Catalina Caballero, la tímida y cándida. En ese momento se sintió un ser muy especial.

Dio media vuelta y entró nuevamente en su casa. Tan pronto estuvo en el interior llamó a Mauricio. Se podría decir que él era un milagro navideño, pues la amistad es el mejor regalo que se puede dar a otro ser.